

¡Y viva la Libertad!

No recordamos haber tropezado en todo el curso de la historia universal con predicadores más gruñones ni moralistas menos transigentes que los fariseos, cuya vida y milagros se rezuman por la narración evangélica, ni conocemos en nuestros días mentores tan puritanos como los Tartufos, hipócritas sin entrañas, prontos siempre a abrumar al vecino con exigencias legales, mientras se eximen a sí mismos del cumplimiento de toda ley.

Un axioma de psicología, cuya confirmación hemos adquirido mediante una larga experiencia, atribuye al hombre marcada tendencia a aprovechar cuantas oportunidades se le presentan de disertar sobre la necesidad o la conveniencia de poseer éstas o aquellas virtudes, cuando habitualmente las quebranta en el misterio de su vida privada, como si con tales manifestaciones de admiración platónica quisieran aquietar los laдрidos de su conciencia o apartar de los circunstantes toda sospecha de su descuadrado proceder.

Algo parecido les ocurre a los pseudo-amanes de la Libertad. Así, con mayúscula, para mayor ostentación de su hipócrita respetuosidad. No la quieren sino para sí mismos, y temerosos de quedar en ridículo si se transparentan sus exigencias de auto-libertinaje, a cada triqui-traque se les oye vocar su culto a la Libertad, y ponen los ojos en blanco y hasta dan el "do" de pecho cuantas veces se les presenta la coyuntura de entonar "arias" ramplonas en su loor.

Días pasados han publicado un diario local y un semanario idem, cierta calumniosa información de la conducta observada por el celosísimo Párroco de la Catedral Católica de Manila, Rev. P. José Tahon, en el ejercicio de sus funciones ministeriales, villanía periodística que ha puesto al ilustre Sacerdote en el trance de acudir a las columnas de la prensa, para poner los puntos sobre los íes y dar su merecido a cada cual.

Entregado de lleno a la cura de almas, no deja escapar el P. Tahon ocasión alguna de derramar el bien entre sus feligreses, y como hubiese terminado de administrar el Sacramento del Bautismo, indispensable puerta de entrada en el seno de la Iglesia Católica, quiso dar oportunos consejos a los padrinos y demás asistentes al solemne acto, porque no basta alistarse en nuestra Congregación, mas se tropieza muy luego con graves deberes que cumplir.

Como era de esperar, el infatigable Párroco no había de malgastar el tiempo disertando sobre las vagas generalidades de la "honorabilidad," y puso el dedo en la llaga, y arremetió de frente y sin vacilaciones a la actuación masonica en el terreno de la enseñanza, y recordó a todos los allí reunidos la estrecha obligación de los padres y los padrinos en lo atañente a la cristiana u católica educación de sus hijos y encomendados, y habló con la claridad y desenfado del fervoroso predicador de la verdad.

Mas, hallábase presente por caso un filósofo el cual debió de sacar de los paternales consejos del P. Tahon lo que el negro del sermón, y

confundiendo un rebaño de borregos con un ejército de gigantes, hubo de demostrar su enojo de manera inadecuada a la santidad del templo, a donde han de acudir los fieles, no para discutir las actuaciones del Ministro del altar, sino para escuchar respetuosamente el desarrollo de las doctrinas de la religión. Y fuéronse con el cuento al periódico, para dar gato por liebre al lector.

Aun en el supuesto de haber el P. Tahon sentido la mano sobre las escuelas públicas, ¿qué otra cosa hiciera sino imitar el ejemplo de los Obispos Americanos, a quien ningún filósofilo ha ido a pedirles explicación? ¿Qué más pudo decir el Párroco de la Catedral que el Obispo Hartley de Columbus, al imponer a los padres católicos "la obligación de retirar sus hijos de las escuelas sin religión y de llevarlos, so pena de incurrir en pecado, a sus propias escuelas, donde ocupan el primer puesto la educación religiosa y moral"?

¿Nos movemos o no en un régimen democrático? ¿Nos está permitido o no hacer en Filipinas manifestaciones de Catolicismo, consistentes por los Estados Unidos a sus ciudadanos? ¿Acaso alcanzó la crudeza de frase del P. Tahon a la del Jesuita P. Blakely en la revista "America", cuando dice: "All parents who send their children to public schools, without sufficient reason and without the necessary precautions by which the proximate danger may be made remote, as is evident from Catholic moral teaching, if they are contumacious, CANNOT BE ABSOLVED IN THE SACRAMENT OF PENANCE"?

¿Fue por ventura el P. Tahon más duro que el Concilio de Baltimore, donde, sin andar con eufemismos, se niega el honroso título de "Católico práctico" a cualquiera de nuestros correligionarios, si llevan a sus hijos o alguna de las escuelas no Católicas, exponiéndoles de ese modo a perder su fe? Expresóse quizás con mayor desenvoltura que la revista "America", en su número del 17 de septiembre de 1921: "No Catholic may take upon himself the responsibility of entering his child at a non-Catholic school. WITHOUT VIOLATION OF A SOLEMN LAW OF THE CHURCH"?

Y si el P. Tahon no hizo sino recordar las leyes de la Iglesia referentes a la educación de la niñez, ¿en qué se funda el filósofilo para cargarse de razón, y cuánta estimación hace de su propia persona, cuando no teme mancharse al tomar de los chapatales de la calumnia puñados de cieno, para arrojárselos sobre la reputación de un Sacerdote, el cual, en el ejercicio de sus funciones y cumpliendo con su deber, dijo aquello que la Iglesia le manda decir?

No hace falta ser redactor ilustrado de una publicación para creerse autorizado a calumniar. Con menos títulos hacen otro tanto las Maritorras de nuestros mercados. Y en unos y otras es fruto legítimo de Libertinaje, el cual lo quiere todo para sí, mientras niega hasta lo justo a los demás.

Así a amigos de democracia. ¡Y viva la Libertad!

J. WELMAN.